

Días de varia luz

Los años de Lady Chatterley

EN efecto, «Lady Chatterley's Lover», la más famosa con «Sons and lovers» de las novelas de David Herbert Lawrence, apareció por primera vez en Florencia, en edición limitada, el año 1928. Ahora, a los cuarenta y nueve años de polémica existencia, nos llega en su traducción catalana, «L'amant de Lady Chatterley» (Biblioteca a Tot Vent, Edicions Proa), a cargo de Jordi Arbonès. El hecho en sí me parece importante por varias razones. En primer lugar resulta sorprendente —al menos hasta cierto punto— que durante los años treinta, período dorado por lo que se refiere al enriquecimiento de la literatura catalana con la aportación de las grandes obras de las letras universales, a nadie se le ocurriera traducir la novela de Lawrence, aparecida poco antes. Es fácil suponer que las causas de la marginación radicaban en el halo de «escándalo» que rodeaba el nombre de Lawrence y que de alguna forma ha subsistido prácticamente hasta hoy. Por otra parte, las versiones de la novela en lengua castellana, debidas a editoriales y traductores latinoamericanos, han sido mediocres o sencillamente intolerables.

El caso es que por fin una novela de Lawrence se encuentra vertida al catalán y la figura protagonista, Connie Reid, Lady Chatterley por su matrimonio con Sir Clifford Chatterley, adquiere lógica dimensión de actualidad. Ahora se trata de dilucidar si el fluir de los años ha causado o no serios estragos en el cuerpo y la mente de Lady Chatterley. La respuesta no es fácil por la sencilla razón de que la novela de Lawrence tampoco es fácil de analizar en pocas palabras. Lo más probable es que para el lector de esta hora se presente como una novedad, de la que sin embargo ha oído hablar con frecuencia hasta tal vez convertirla inconscientemente en símbolo de la obscenidad en literatura. Como lo fue y sigue siéndolo Miller para muchos. Eso puede dar lugar a un peligroso apriorismo, condicionador de la lectura, que limite hasta extremos insospechados la perspectiva del lector respecto a la longitud del horizonte que propone Lawrence en «El amante de Lady Chatterley».

En un primer nivel de acceso no cabe duda que la novela relata la historia de una relación amorosa —triangular, para ser más exacto— y que, como señalaba Edmund Wil-

son al año siguiente de su publicación, Lawrence devuelve a la lengua inglesa su capacidad para describir las escenas y sensaciones eróticas con exacto realismo. Es decir, que Lawrence al igual que Joyce, no dudan en recurrir al lenguaje de «granjas, calles y bares» para llamar cada cosa por su nombre vulgar. Forzosamente este afán de adecuar el lenguaje a los requerimientos de cada escena por cruda que sea, liberando el discurso literario de verbosidad y grandilocuencia precisamente cuando se trata de encuentros amorosos, tenía que aparecer como obsceno ante los ojos puritanos —hipócritas— del lector anglosajón. Eso explica que hasta 1960 no se publicara oficialmente la novela en Inglaterra y casi al mismo tiempo en los Estados Unidos, pese a que tanto en la isla como en el continente había circulado clandestinamente desde 1928 y conocido incontables ediciones piratas. Ahora bien: ¿«El amante de Lady Chatterley» es realmente una novela obscena, cabe considerarla una obra pornográfica? Puede que en los últimos coletazos de los años veinte pareciera una cosa y la otra, se originara la aparentemente inevitable confusión entre erotismo y pornografía, sobre todo en el ambiguo seno de las clases bienpensantes, pero a la distancia de tantos años es indispensable ver las cosas de otra manera.

Por encima de todo Lawrence fue un moralista dotado de una tremenda fuerza creadora. Lawrence, de origen minero, discrepaba violentamente de la progresiva deshumanización hacia la que galopaba la humanidad tras los escombros de la primera gran guerra. En realidad, «El amante de Lady Chatterley» es una parábola de la Inglaterra de la posguerra, como escribía Wilson en 1929. Señalaba el fin de la vieja Inglaterra encarnada por Wragby Hall, conservadora y pragmática pero todavía atenta a preservar los valores estrictamente humanos del individuo, a manos de la sociedad industrial de masas, de la sociedad-rebaño que todo lo arrasa a su paso como si fuera un campo de hierba verde y fresca, engullendo en su voracidad insaciable al propio individuo y a todo cuanto de valor éste lleva implícito. Ante semejante «claudicación», Lawrence propone una doctrina vitalista que consiste en sublimar el sexo, el universo de las relaciones sexuales como única forma pura de comunica-

ción entre los humanos capaz de devolverles su propia dignidad. Evidentemente Lawrence no era un filósofo doctrinario, sino un idealista de ideas fijas, monocorde y obstinado, a quien no le bastaba filtrar su pensamiento en el desarrollo argumental de la novela y en las reacciones de sus personajes, sino que además necesitaba poner en boca de éstos sus criterios acerca de la sociedad.

Entiendo que éste era el principal defecto de Lawrence. En el instante que sus criaturas —en este caso Sir Clifford, objeto de sus antipatías, y Mellors el guardabosques, amante de Connie y espíritu crítico de la nueva sociedad industrial inglesa— se dejan llevar por la retórica en vez de simplemente «actuar» en el contexto donde se desenvuelven sus existencias, el relato pierde ritmo, sus mecanismos internos chirrían y uno siente la tentación, si ello fuera posible, de aconsejar al autor, tan excepcionalmente dotado para agarrar la realidad y proyectarla brutalmente sobre la conciencia del lector, que abandone su a veces tosco afán eticista y permita que sus personajes vivan sin apriorismos, llanamente, la aventura a que les aboca la propia narración. No ocurre así y en varias ocasiones a lo largo de la lectura uno lo lamenta de veras. De modo que con mayor frecuencia de la que deseáramos, en Lawrence se sobrepone el moralista al narrador, y en la pérdida de ritmo que este desequilibrio lleva consigo radica que «El amante de Lady Chatterley» no sea —para mi gusto— una obra perfectamente acabada, es decir, lo que entiendo por gran novela.

Hay otro escollo que en esta edición catalana lastra la lectura. Me refiero a la traducción de Jordi Arbonès. Desde el punto de vista lingüístico la encuentro «demasiado» correcta, excesivamente aferrada a la normativa fabriana. El estilo original de Lawrence no es estirado, reseco ni ampuloso. Como apuntaba más arriba, Lawrence se propuso rehuir la verbosidad y los recursos eufemísticos llamando cada cosa por su nombre, optando por conservar el palpito humano en la atmósfera de la novela frente a todo exceso de artificiosidad. Siendo así, resulta difícil de aceptar que los amigos de Sir Clifford dialogan entre sí y se dirijan a la joven Lady Chatterley con el tratamiento de «vos» y aun que el propio Mellors, pese a ser un

individuo inteligente e instruido, utilice en su forma dialectal de hablar —se sirve del dialecto de los mineros como vehículo de afirmación de su condición proletaria— alocuciones cultas o absolutamente anacrónicas, artificiosas, y construya frases que pueden ser admisibles en la persona narradora pero suenan en un desacorde en labios del guardabosques. Tengo la sensación de que Arbonès ha traducido el texto de Lawrence con absoluta escrupulosidad literal, pero sin plantearse la necesidad de adecuar la lengua inglesa a las numerosas posibilidades de acomodación que ofrece el catalán moderno. En otras palabras: Arbonès no ha sabido recrear la atmósfera humana de la novela de Lawrence; atmósfera ruda, radicalmente anti-conventional, con ramalazos de ingenuo romanticismo y pinceladas apocalípticas, pero en todo instante caracterizada por la ausencia total de artificiosidad, incluso cuando los personajes se entregan a la apasionada defensa de sus puntos de vista ético-sociales.

En definitiva, quisiera dejar bien claro que D. H. Lawrence no es una novelista obsceno ni utiliza la obscenidad gratuitamente, lo cual le convertiría en pornográfico según las reglas de la moral judeo-cristiana en este terreno, sino un novelista de «ideas», lanzado a oponerse con las armas de su «razón» a los peligros —la mayoría confirmados y aumentados con el tiempo— que intuía para la integridad moral del ser humano en la arrolladora preponderancia de la sociedad industrial o de masas. Su proclamada vuelta a los valores más primitivos del sexo, a los orígenes puros de la relación interhumana para escapar así, o al menos contrarrestar los efectos de la esterilización con que amenaza el imperio indestructible de la máquina, puede ser tildada de ingenua y ser tenida por elemental, pero a la vista del tortuoso camino de degradación recorrido por la humanidad en el casi medio siglo de masificación que nos separa de «El amante de Lady Chatterley» y de la muerte de Lawrence, ocurrida en 1930, creo que su «anarquismo» social y su digamos metafísica vitalista —no se olviden los presupuestos de la generación «beat» y del genuino movimiento «hippi»— no deben ser considerados a la ligera. Ciertamente que no.

Robert SALADRIGAS